

La greguería es un juego poético. Tiene algo de adivinanza «adivinada», de travesura infantil; «La i es el dedo meñique del alfabeto». «—¿Por qué corren las nubes?» «—Porque van a su casa a comer». A veces tocan la intrascendencia. No caen en la vulgaridad, por el instinto poético de Ramón, por la metáfora que como un albornoz cubre las carnes de la realidad: «La nata es la mejilla de la leche». «El melocotón es un rubio con raya en medio».

Leer una greguería es como comerse una aceituna rellena. Leer muchas, seguidas, es agobiante. Hay fino ingenio en escribir: «Un reloj se suelta la corbata antes de dar la hora». «El despertador es el zapatero de los sueños». O «La calavera es un reloj muerto»; aquí el reloj es un tema donde se inspira y observa, pensamiento y juego. En ocasiones la metáfora impregna de lirismo la frase: «El agua se suelta el pelo en las cascadas». «En el río pasan ahogados todos los espejos del pasado». «Las estrellas telegrafían temblores». «El jardín esconde en su pecho las violetas».

No estaba en la cuenta de Ramón esculpir máximas. Las frases importantes eran demasiado grandilocuentes para su gusto juguetón, intrascendente. Poeta en prosa, de frases ingeniosas y no de poemas, vendedor de imágenes, a veces triviales, amigo de las piedras preciosas, pero también chamarilero. Escapaba de las sentencias, pesadas como losas, del aforismo donde confluyen la profundidad filosófica y la sensibilidad poética. Ramón era tremendamente superficial —curiosamente buscaba hondura o ingenio en la superficie—, en ello residía su manera original de ver y escribir. Le asustaba el pensamiento trascendente y con el temor disimulado en humor (que era una defensa) venía a dar en la piel de la vida, en el traje y la máscara festiva. A veces entre tanta hojarasca de greguerías, vivas algunas, definitivamente muertas muchas de ellas, porque el tiempo las ha desgastado, leemos ésta, que es un resumen, una confesión más allá de la caza de ingeniosidades: «El escritor quiere escribir su mentira y escribe su verdad», tan cercana a la forma y fondo de un aforismo.

Las greguerías son burbujas de jabón, muy llamativas, que pronto se disuelven, mientras el aforismo permanece. Una imagen que no encierre un hermoso pensamiento, una sensibilidad poética, es un vidrio de colores y no un diamante. Cuentas de cristal son muchas de las greguerías ramonianas. La obra de un gran poeta, Garcilaso o Cernuda, Góngora o García Lorca, se mantiene por una especial sensibilidad, por la adjetivación o por unas pocas imágenes. Es tremendo el esfuerzo creador de Ramón dejándonos una herencia de miles de metáforas. No se puede ser genial todos los días, a cualquier hora que el talento se ponga a enhebrar greguerías.

Expresiones de la espontaneidad, ocurrencias en la asociación inmediata, las greguerías no son reflexiones. No llegan a ahondar en el cerebro, por eso no son pensamientos. La escritura responde como un reflejo rápido a la curiosidad, como una instantánea que refleja la cara plana de la vida, la inmediatez vulgar, salvada por el humor o el lirismo. «De la veleta salió la ruleta», «Las mesas de billar se sostienen sobre cuatro patas ortopédicas», «La F es el grifo del abecedario», «Los claveles blancos estrenan la más fina ropa interior», «Micrófono: oreja de todos», «Los relojes despertadores pueden llegar a producir taquicardia», «Las manicuras meten nuestras manos en remojo como si fuesen de bacalao», etc. Observación. Asociación de ideas. Respuesta (greguería) inmediata.

Ramón, barroco exterior, en antítesis y en contrastes, cae en la paradoja, propiedad del barroco interior. Su estética es de superficie, disimula o engalana los problemas. La realidad y la imagen se corresponden jovialmente en sus metáforas. No hay contradicción que rompa la mascarilla estética y descubra la verdad tras la apariencia barroca. Ramón nunca intenta profundizar, no es su propósito. La estética de sus greguerías es como una ligerísima piel, casi transparente. Por debajo de ella no hay nada. La greguería se manifiesta así como un arte de la palabra y la metáfora y no como un pensamiento o máxima, donde el contraste, la antítesis y la paradoja son fundamentales. A veces llega a la concisión más elemental: «Exceso de fama: difamación», a una conclusión tan barroca como: «Pensamiento consolador: el gusano también morirá» o a la bella consideración poética: «En el rubor está la preconcepción de la rosa». Pero la mayor parte de las greguerías se resuelven en humorismo amable: «Huevos al plato: antifaz blanco con ojos amarillos», «Yo no seré “ga-gá” porque yo seré “ja-ja”», «Asomaba por su descote una delicada puntilla de caja de bombones», «El tintero que se vierte pone en salsa todas nuestras ideas»...

## 2.2. *La trivialidad como categoría estética*

La greguería es trazo esquemático de poesía, espina dorsal en prosa. Núcleo de inspiración y al mismo tiempo migaja. Un derroche de talento por hallar la metáfora precisa, despojada de todo el soporte de oraciones y palabras que hacen posible la prosa fluida. La greguería requiere la brevedad y su ingenio es la chispa que une o disloca las semejanzas. La prosa es cortada por el talento de Ramón, reducida a segmentos mínimos, agujereada; dirá él: «La prosa debe tener más agujeros que ninguna criba y las ideas también. Nada de hacer construcciones de mazacote, ni de piedra, ni del terrible granito que se usaba antes en toda construcción literaria». Ramón escribe contra la seriedad de la prosa anterior, encorsetada por las ideas sublimes y la retórica. Busca la ligereza, música alegre del verso diluido en la prosa. Ramón no estaba contra el modernismo, como algunos críticos han insinuado,<sup>23</sup> es hijo de él, de muchos de sus planteamientos estéticos. Combatía el estilo decimonónico de escritores (habladores), huero y solemne, de frases amplias, perífrasis que no dejaban ver las ideas. Contra la desmesura, la brevedad; contra la prosa desparramada y vulgar, la metáfora esencial. Sobre su arte de entender la escritura, prosigue Gómez de la Serna: «Todo debe tener en los libros un tono arrancado, desgarrado, truncado, destejido. Hay que hacerlo todo como dejándose caer, como destrenzando todos los cordones y los nervios, como despeñándose». Intención moderna de descoyuntar la prosa —como en pintura hará Picasso— reduciéndola al esquema esquelético, deshumanizado, de huesos y nervios. Sobre la carne de la prosa, el discurso o la descripción. Al texto se le despoja de literatura y se le reduce a frase de ingenio, que en el jugar de imágenes e ideas, en el perspectivismo, da una réplica artística de la realidad.

<sup>23</sup> Como Guillermo de Torre en «El 98 y el modernismo en sus revistas» de su libro *Del 98 al modernismo*, Gredos, Madrid, 1969, que escribe: «Con Prometeo, 1908, de Ramón Gómez de la Serna, se inicia ya otra época». En 1908, todavía no están fijados los límites del modernismo, ni mucho menos.

Ramón no entiende la literatura como un deber mesiánico que sirva de crítica y transformación de la sociedad. Nada más alejado de sus presupuestos estéticos. No cree en la literatura comprometida. Para él escribir es un divertido juego. Ramón es un creador que goza «inventando» literatura. Este derroche de ingenio, cae muchas veces, en la nimiedad, en la fruslería. Él se defiende contra esta crítica: «Afirmar lo que de trivial hay en el hombre es inducirle a no ser riguroso, ni desleal, ni malo, ni fanático, ni inmovible para nada ni ante nada. Aceptar la trivialidad es hacerse transigente, comprensivo, contentadizo. Nada más solucionador que la trivialidad hallada, cultivada, comprendida y asimilada hasta la temeridad». Consideramos la «boutade» desafiante de estas líneas, los deseos de «epatar» al burgués por parte del buen burgués que era Ramón. No olvidemos la sinceridad artística que había en tales afirmaciones. La trivialidad es el vuelo simple que se esfuma de la realidad. Dista de ser vulgar. Es intrascendente y refinada. Es el capricho de un niño bien, amable y calavera que no quiere complicarse la existencia. Para él escribir es un juego y no una pasión, en el doble sentido de sufrir y amar. Hace una filosofía de la trivialidad y la eleva a categoría vital cuando escribe: «No los principios abstractamente revolucionarios, sino la trivialidad admitida será lo que cree la libertad espiritual, resolviendo todos los problemas insolubles, que serán solubles más que por la solución por la franca disolución, por la incongruencia y las pequeñas constataciones que apenas parecen tener que ver con ellos». La trivialidad derrocha el talento de Ramón. Crea infinidad de imágenes y piedrecitas de colores, montones de ingeniosa bisutería. Tanto elogio de la trivialidad no le impide ser paradójico «resolviendo todos los problemas insolubles». Ramón intenta simplificar la prosa, reducirla a la esencialidad, pero no por medio de la frase sencilla, de las palabras, sino a través de un método barroco, condensando la prosa en la metáfora. Afirmar Ramón: «Yo he permitido el desorden, la descomposición, el barroquismo sincero, y esto desde hace años, es decir, mucho antes de que fuese todo un poco barroco, ¡un poco barroco! ¡Qué cantidad de cuquería hay en eso de que sólo sea un poco, casi un pecado mayor que el de que no lo fuese nada!» Barroquismo de simplificación de imágenes, desmontadas de la prosa continua y complicada, resumido en la greguería.

Ramón quiere que su barroquismo no sea del siglo XVII sino moderno. Su revolución estética la emparenta con la revolución científica del momento: «La literatura se vuelve atómica por la misma razón por la que toda la curiosidad de la vida científica palpita alrededor del átomo, abandonadas más amplias abstracciones buscando el secreto de la creación en el misterio del átomo». El universo inaprensible del siglo XVII es sustituido por el átomo estudiado del siglo XX, la trascendencia de nuestros clásicos, por la curiosidad.

La visión ramoniana de la realidad es fragmentaria. El espejo del universo se ha roto. Sus pedazos reproducen y multiplican la misma realidad. Las greguerías son las imágenes de la realidad rota. Escribe Ramón: «Las pequeñas obsesiones del presente —que son la primera sustancia albuminoidea del pasado—, las insistencias del mundo adquieren valor vital en las greguerías. Las cosas pequeñas tienen valor de cosas grandes y merecen la fijeza del escritor, que no puede rechazar lo atómico para dedicarse a lo supuesto o a lo abstracto». En vez del universo inaprensible, la investigación poética del microcosmos. ¿Lógica o absurdo? En su relación, a veces coherente, muchas dispa-